

LAS TUMBAS NO SON PARA LOS MUERTOS: PRÁCTICAS FUNERARIAS PREHISPÁNICAS EN EL VALLE DEL LILI; CALI, VALLE DEL CAUCA, COLOMBIA

Sonia Blanco

Arqueóloga JNCIVA A.A. 5660 Cali-Colombia. E-mail: incival @cali.cetcol.net.co

RESUMEN

Este artículo muestra los resultados de los trabajos de arqueología de rescate adelantados en la capital del departamento del Valle del Cauca -Cali, Colombia, durante el mes de agosto de 1996. Las evidencias más interesantes se expresan en la elaboración de recintos funerarios de pozo cuadrado muy restringido, con cámara lateral semiovalada, en cuyo interior se simbolizan las formas de viviendas, demostrando de esta forma sus profundas creencias en la existencia de "otras vidas ". Por las características formales y estilísticas de las tumbas, así como los registros de inhumaciones humanas colectivas, se puede relacionar estas prácticas, con grupos prehispánicos tardíos, los cuales habitaron la zona sur del valle geográfico del río Cauca durante los siglos XII a XVI d.C.

Palabras claves: arqueología de rescate, Quebradaseca, suela plana del Valle del Cauca, prácticas funerarias, arqueología funeraria, viviendas prehispánicas, tumbas prehispánicas, cosmovisión indígena, entierros colectivos.

ABSTRACT

This work shows the results of the archaeology rescue researches done in the capital of the Valle del Cauca department, Cali, Colombia, during the month of august of 1996. The most interesting traces appear in the construction of very narrow square pitfunerary spaces, with semioval lateral chambers and drawings of the types of living places used. This demonstrates the deep believing in the existence of "other lives ". The formal characteristic and style of the tombs and the record of collective human inhumations allows to relate this practices with late prehispanic groups that lived in the southern zone of the geographic valley of the Cauca river during the XII and XVI centuries a. C.

Key Words: Archaeology rescue, Quebradaseca, geographic valley of the Cauca river, funerary practices, funerary archaeology, prehispanical tombs, indigean cosmovision, collective burials.

¡Extrañeza! fue la única expresión que surgió por parte de los arqueólogos, el día en que **INCIVA** fue notificado de la existencia de un posible cementerio indígena en el lujoso sector de Ciudad Jardín, caracterizado por un urbanismo pomposo, que en muchas ocasiones raya con el límite de lo extravagante, por sus casaquintas y jardines dotados de piscinas, jacuzzis, bares giratorios, garajes subterráneos, enchapes importados, cerraduras y griferías de oro, entre otras muchas cosas (“in” para unos “out” para otros) que identifica a los nuevos ricos ciudadanos.

Extraño... sí, pues los procesos urbanísticos acontecidos en los últimos 10 años al sur de la ciudad de Cali, casi que hacían imposible que se conservara algún testimonio del pasado prehispánico de la región, hasta el momento ignorado, aún para la comunidad científica.

Y más insólito nos pareció, cuando realizamos la visita de inspección y evaluación en los primeros días del mes de agosto de 1996, y a nuestro arribo observamos tres estructuras funerarias ya “guaqueadas”, durante las labores de adecuación del terreno para la construcción de una vivienda en la casa N0 32, de la calle de La Escopeta. Los recintos funerarios evocaron los recuerdos de Calima, por su perfección formal y estilística y de Tierradentro por su profundidad (3 a 6 m.) y el cuidado de sus detalles.

(VER IMAGEN 1)

Posterior a la visita en mención, y luego de aclarar con la Fiscalía que no se trataba de una fosa común y de adelantar unas charlas explicativas con la comunidad y medios de comunicación, con el propósito de alejar las falsas expectativas auríferas, que una información mal manejada puede traer consigo y propiciar así una “saqueo” sistemática del sitio, se procedió a elaborar una propuesta de arqueología de rescate, la cual fue financiada por la División de Cultura del Municipio de Cali y el Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas INCIVA.

La ciudad de Cali tiene como coordenadas geográficas: 3° 27' 21" Latitud Norte y 20° 26' 10" Longitud Oeste, con respecto a Santa Fe de Bogotá; se localiza al sur del departamento del Valle del Cauca, a la margen izquierda del río Cauca (IGAC, 1980: 282) (Figura 1) y tiene como límites: al norte con el municipio de Yumbo, al sur con Jamundí, al occidente con Dagua y al oriente con Candelaria, Palmira y el departamento del Cauca (Ibid: 279).

La zona objeto de investigación se ubica en el declive de una colina natural, correspondiente a la planicie aluvial del piedemonte, margen izquierda de río Cauca y está constituida por sedimentos fluviales. La altura sobre el nivel del mar del área es de 1.100 m, con un clima tropical húmedo, cuya temperatura promedio es de 24°C y la humedad relativa del 64%; la vegetación natural corresponde a la zona de vida bosque seco tropical (Espinal y Montenegro, 1963: 52). El 100% de las especies vegetales nativas han desaparecido en el lugar, dando paso a los

cultivos de caña, zonas de pastoreo y obras de ingeniería como colegios y centros recreacionales.

Por tratarse de labores de arqueología de salvamento y debido a las limitantes presupuestales y de tiempo, la metodología empleada consistió en la evaluación previa del yacimiento, caracterizándolo como un reducto de un cementerio indígena, no sólo por la existencia de tumbas prehispánicas, sino por la ausencia de otros elementos culturales que hicieran pensar en un eventual yacimiento múltiple o de vivienda; bajo este supuesto, se utilizaron técnicas de prospección y excavación como: la observación detallada de la estratigrafía del sitio aprovechando los perfiles, prospección radial y lineal mediante la apertura de "cateos" y pozos de sondeo, recuperación gráfica y fotográfica de las estructuras funerarias guaqueadas, las cuales al momento de inicio de los trabajos ascendían a cinco y la excavación de un recinto aún no alterado, utilizando para ello niveles naturales, respetando la forma original de los entierros y registrando toda evidencia cultural o natural útil para su posterior interpretación.

Igualmente se realizó un levantamiento planimétrico del área, con el fin de localizar y orientar en forma exacta cada uno de los recintos con respecto al área total que fue de 1523.04 m², lo cual permitió sustentar mejor la hipótesis de que el yacimiento corresponde a un reducto de un cementerio prehispánico.

Como se ya mencionó, las labores de campo se iniciaron con el registro y descripción de las cinco tumbas saqueadas, las cuales fueron numeradas consecutivamente del 1 al 5, teniendo en cuenta su ubicación planimétrica y de las cuales vale la pena hacer una pequeña reseña, aunque la característica general de ellas corresponde a la modalidad de tumbas de pozo con cámara lateral y nichos, con sus umbrales respectivos bien diferenciados y enfrentados, generalmente de forma rectangular y un tanto estrechos y la presencia de peldaños de acceso en una de las paredes del pozo, los cuales en un principio se interpretaron como escalones hechos por los buscadores de tesoros para facilitar el descenso y ascenso a los sepulcros, debido a lo estrecho del cajón; sin embargo, durante las labores de excavación del yacimiento No. 6, se comprobó que estos fueron elaborados en el momento de construcción de los hipogeos, tal vez con los mismos argumentos insinuados.

La Tumba No. 1 se distingue por poseer un pozo cuadrado (75 x 76 cm.) con cámara lateral ovoidal (204 x 272 cm.) (Tabla 1 y Fig. 2: 1 y 2) ubicada al norte del pozo. El recinto tiene una orientación general S-N; registra cinco peldaños en la pared noroeste del pozo de 15 cm. de alto por 20 cm. de ancho, separados unos de otros por una distancia de 40 cm. La profundidad máxima fue de 2.88 m.

(VER CUADRO 1)

(VER IMAGEN 2 : 1 Y 2)

El relleno del pozo corresponde a un Horizonte E, de color 5YR 5/8 (rojo amarillento) como matriz y 5 YR 5/2 (gris rojizo) como moteado con una estructura franco-arcillo limosa. La cámara fue elaborada en un estrato B de color 5YR 5/6 (rojo amarillento) y de textura franco-arenosa.

En el botadero de tierra dejado por los guaqueros, se recuperaron fragmentos óseos humanos correspondientes a huesos largos en buen estado de conservación y un lítico-núcleo, elaborado en basalto. No se registró ningún elemento cerámico.

La sepultura No. 2, se constituye en el recinto funerario con las mayores dimensiones, posee un pozo rectangular (85 x 78 cm.) con una cámara ovoidal (266 x 300 cm.) orientada oeste-este; lo deslumbrante de la bóveda, es la existencia de un complejo tejido de incisiones y acanaladuras entre tres y siete centímetros . de ancho, a manera de vigas en el techo y laterales de la misma, elaboradas con la misma arcilla del lugar y algunas de ellas repelladas con "caliza" blanca, posiblemente con el fin de evitar el desprendimiento de las paredes, pero con el firme propósito de representar una réplica de construcciones arquitectónicas reales como pueden ser sus viviendas o simbólicas refiriéndose a la existencia de "un más allá"..

(VER CUADRO 1)

(VER IMAGEN 2 : 3 Y 4)

La cámara se encuentra en un nivel más bajo con respecto al pozo, este fenómeno es conocido en la región Calima como tumbas "en resbalón". Por otra parte el nicho registra una forma ovoidal (206 x 14 cm.), una altura de 1.2 m. y una profundidad de 5.43 m. La profundidad total del recinto es de 5.96 m.

(VER CUADRO 1)

(VER IMAGEN 2 : 3 Y 4)

El pozo registra en la pared sur, nueve escalones o peldaños separados unos de otros por una distancia de 48 cm. No se evidenció ningún elemento cultural dejado por los guaqueros en el interior de la tumba, más en el botadero de tierra se recolectaron fragmentos pequeños de huesos humanos.

(VER IMAGEN 2 : 4)

Por su parte, el sepulcro No. 3, tiene un pozo rectangular (72 x 80 cm.) y cámara lateral en forma circular (230 x 215 cm.), al igual que la tumba anterior, presenta acanaladuras e incisiones que simulan la estructura de una vivienda, en este caso se vislumbran una viga central y cuatro laterales que al parecer sostenían otras menores pero que fueron destruidas por las herramientas utilizadas por los guaqueros.

(VER CUADRO 1)

(VER IMAGEN 3 : 1 Y 2)

El nicho se abre hacia el N-O del pozo, este tiene una altura de 0.76 m. un poco mayor que la cámara la cual sólo tiene 0.56 m; el nicho tiene una profundidad de 5.30 m., mientras que el pozo se profundiza hasta los 5.90 m., situación que crea un escalón entre las dos partes.

(VER CUADRO 1)

(VER IMAGEN 3 : 2)

Los ya conocidos escalones se presentan en la pared N-E del pozo, se evidenciaron siete en total, con 55 cm. de separación entre unos y otros.

El nicho se encontró parcialmente removido y la única evidencia cultural correspondió a pequeños fragmentos de carbón vegetal producto de una actividad específica no determinada y cuya muestra no fue recogida debido a la alta posibilidad de contaminación que presentaba.

La tumba 4 se particulariza por poseer un pozo rectangular (75 x 68 cm.) de 4.86 m. de profundidad, con cámara lateral de forma ovoidal (204 x 310cm.) La puerta se abre hacia el norte con una altura de 1.66 m., enfrente a esta se evidencia un nicho rectangular, cuya puerta tiene una altura de 0.76 m. y su profundidad alcanza los 4.56 m., mientras que el pozo llega hasta los 4.86 m. La orientación general de la tumba es N-S.

(VER CUADRO 1)

(VER IMAGEN 3 : 3 Y 4)

En el techo de la bóveda y en algunos segmentos de la pared de la misma, se nota la silueta de una columna central y dos laterales elaboradas con los mismos sedimentos del lugar, representando una posible estructura de vivienda. Igualmente, el pozo muestra en la pared oeste diez escalones o peldaños separados entre sí por 45 cm. de distancia.

(VER IMAGEN 3 : 3 Y 4)

En el piso de la bóveda, se presentó un tendido de piedra de origen aluvial, con orientación noreste, donde probablemente fue depositado el cadáver; los gwaqueros dejaron en el sitio restos de huesos humanos y una nariguera anular de oro, cuyo peso es de 0.2 gr., su espesor es 0.99 mm. y tiene un ancho de 1.32 mm.

Los sedimentos de relleno de la cámara, fueron recogidos en bolsas plásticas con el fin de ser flotadas en el laboratorio, en busca de más evidencias culturales. Efectivamente se recuperaron algunas piezas dentales correspondientes a individuos adultos y más de treinta cuentas de collar circulares, elaboradas en hueso y perforadas en el centro como las descritas por algunos cronistas: "...Traen atados grandes ramales de cuentas de hueso menudas, blancas y coloradas que llaman chaquira..." (Cieza, /1553/ 1985 La Crónica del Perú Capítulos XXXIV-XXXII en CESPEDSIA No. 51-51:20.

El último recinto alterado corresponde al No. 5, este tiene un pozo cuadrado (82 x 80 cm.), de 5.40 m. de profundidad con una cámara lateral ovoidal (265 x 315 cm.) de 5.02 m. de profundidad la cual se presenta al S-O del pozo; la entrada del nicho se abre hacia el N-E del pozo y tiene una altura de 1.50 m., la forma del mismo es elíptica (185 x 86 cm.) y la profundidad es de 5.12 m., mientras que la del pozo es de 5.40 m.

(VER CUADRO 1)

(VER IMAGEN 4 : 1 Y 2)

Se presentan diez escalones en la pared noreste del cajón cada uno separado por una distancia de 30 cm. **(VER IMAGEN 4 : 2)** de esta tumba se recuperaron fragmentos óseos humanos en regular estado de conservación y algunas piezas dentales abandonadas por los gwaqueros en el interior mismo de la cámara, igualmente se vislumbró la silueta de una viga central en el techo y varias laterales repelladas con caliza blanca.

La tumba 6 correspondió al único recinto funerario excavado técnicamente en desarrollo de este proyecto.

El descapote (nivel 0-40 cm.) correspondió a una capa de arcilla compacta de color 2.5 YR 4/2 (rojo opaco). El estrato subyacente (nivel 40-70 cm.), presentó una arcilla pegajosa de color 10 YR 3/6 (café amarillento oscuro) sin evidencias culturales.

La sepultura tiene una orientación SE-NO; la forma del pozo es rectangular (70 x 60 cm.); con orientación N-W y se profundizó hasta los 5.92 m. **(VER CUADRO 1)** El relleno se caracterizó por tener un color 10 YR 6/8 (amarillo café) y una textura franco-arcillo-limosa. Por sus dimensiones, resultó bastante difícil su

excavación ya que el objetivo fue siempre el de conservar su forma original para acceder a una adecuada interpretación del yacimiento.

La cámara de forma ovoidal (230 x 315 cm.) y con una profundidad máxima de 5.52 m. se abrió hacia el SE-NO del pozo, el cual a su vez presentó ocho escalones o peldaños con una distancia que los separa uno de otro de 64 cm. En las paredes de la bóveda no se insinuaron representaciones del armazón de viviendas, como en las tumbas guaqueadas.

(VER CUADRO 1)

(VER IMAGEN 4 : 3 Y 4)

Por su parte el nicho, de forma ovoidal (126 x 112 cm.) se insinúa hacia el NE del cajón y se profundiza hasta los 5.52 m.

(VER CUADRO 1)

(VER IMAGEN 4 : 3 Y 4)

Al interior de la bóveda, (5.52 m.) se registró un entierro múltiple, al parecer correspondiente a una inhumación primaria, pues se presentaron mas o menos de manera articulada los esqueletos de ocho individuos según el número de cráneos identificados en el momento de la excavación, aunque los cuerpos fueron calcinados a tal punto que fue imposible su fechamiento debido a la ausencia de colágeno.

La posición de los esqueletos fue de extendida horizontal “de cúbito supino” unos sobre otros por pares en direcciones encontradas EO-OE y recubiertos con restos vegetales a manera de estera, también con indicios de incineración.

(VER IMAGEN 4 : 3 Y 4)

El ajuar funerario estuvo representado por cuentas de collar elaboradas en hueso y perforadas en el centro, dos pulidores de cerámica fabricados en basalto, una lasca prismática y un raspador.

Los elementos óseos presentan un mal estado de conservación, por este motivo, y de la premura del tiempo que impidió adelantar labores de conservación *in situ*, no se recuperaron completos ni los cráneos ni los huesos largos, además por las malas condiciones ambientales - acidez del suelo- los huesos no conservaron colágeno ni proteína alguna necesaria para ser fechado, según reporte de laboratorios BETA ANALYTIC INC.; sin embargo, las piezas dentales arrojaron información complementaria que permitió la posterior correlación de los restos óseos en la etapa de laboratorio.

La clasificación de las piezas dentales recuperadas del recinto funerario se clasificaron así:

Mandibulares

Incisivos:3
Caninos: 6
Premolares 1:16
Premolares 2: 4
Molares: 25
Deciduales: 68

Maxilares

Incisivos 1: 5
Incisivos 2:10
Caninos 14
Premolares 1: 4
Premolares 2:9
Molares 31

Tres piezas dentales presentaron caries y dos más hipoplasia de esmalte.

Debido al precario estado de conservación de los huesos provenientes de este recinto funerario, fue difícil la identificación sexual y de estimación de la edad; sin embargo, se pudo establecer de manera aproximada la presencia de tres cráneos correspondientes a infantes, dos de ellos menores de dos años; una pelvis (ilión) perteneciente a un niño menor de trece años posiblemente de sexo masculino; dos pelvis de un adulto femenino y masculino respectivamente y por último, el cráneo de una persona joven sin sexo determinado(1).

(1)La clasificación ósea y dental fue realizado por el doctor José Vicente Rodríguez, Coordinador del Laboratorio de Antropología Física, Departamento de Antropología Universidad Nacional de Colombia.

Infortunadamente por la calcinación “post mortum” y los procesos erosivos postdepositacionales que sufrieron los huesos que afectaron sus componentes esenciales, fue imposible su fechamiento; por otra parte, hubo ausencia total carbón vegetal y de material cerámico. Por los motivos mencionados no se pudo establecer una cronología del entierro, situación que dificulta su correlación cultural con otros yacimientos similares y arqueológicamente vecinos. Sin embargo, el trabajo de Ford (1944) centrado en el estudio de los patrones funerarios, permite adelantar un análisis comparativo en cuanto a las formas, dimensiones y disposición del espacio de los recintos funerarios.

Las tumbas registradas en Ciudad Jardín, concuerdan un poco con las del Complejo Pichindé (Ibid) por la cercanía geográfica y cultural y con el Complejo Quebradaseca por corresponder a entierros múltiples depositados en grandes cámaras, generalmente elípticas o semicirculares.

Las tumbas correspondientes al Complejo Pichindé se caracterizan por la presencia de un pozo rectangular o cuadrado de 60 x 80 cm. y de 1.40 m a 2 m. de profundidad y cámara lateral ovoidal o elíptica. Este complejo reporta dos variantes: cuando la cámara y el piso del pozo se encuentran a un mismo nivel y cuando el piso de la cámara está más profundo que el pozo (Ibid: 18); estas

mismas variantes se registraron en Ciudad Jardín, la diferencia radica en que los pozos no se encontraron rellenos de piedra como es la particularidad fundamental del complejo Pichindé (Ibid).

Las costumbres funerarias para el Complejo Quebradaseca fueron caracterizadas por Ford como cementerios ubicados en sitios altos cerca a las plataformas habitacionales o inclusive dentro de estas mismas; para este Complejo se han referenciado dos tipos de tumbas: la primera es de pozo cuadrado y cámara lateral de formas semicirculares u ovoidales, que se profundiza por debajo del nivel del pozo formando un escalón y en cuya entrada generalmente se encuentra una gran roca (Ibid: 39), excepto por este último atributo, serían muy parecidas a los recintos funerarios descritos en el desarrollo del presente proyecto. El segundo tipo corresponde a tumbas de pozo circular que se amplían a medida que se profundizan formándose una cámara generalmente circular (Ibid), forma no evidenciada en Ciudad Jardín.

El tipo de entierro más común para este Complejo es el primario en posición extendida ubicado en el piso de la bóveda -similar a la tumba 6 de Ciudad Jardín, (Fig. 4: 3 y 4), aunque también se registraron entierros secundarios cuyos cadáveres se encontraron desarticulados y dispersos en toda la cámara (Ibid: 38-47). Con respecto al ajuar manifiesto para este mismo Complejo, este puede componerse de unos pocos objetos de barro o lítico -tumba 6-, o abundantes elementos en su mayoría cerámicos.

Hasta el momento es imposible establecer una cronología absoluta para los Complejos Pichindé y Quebradaseca, debido a la ausencia de fechas, más, por análisis de seriación cuantitativa adelantados por Cubillos en 1984, por las similitudes en los patrones de enterramiento y por la presencia de cerámica Mayólica correspondiente al siglo XVI en algunas tumbas pertenecientes al Complejo Quebradaseca, se puede suponer que estos grupos son contemporáneos y sobrevivieron aún hasta la Conquista española (Rodríguez, 1992: 188). Para esta época y región se tienen algunos datos etnohistóricos que apuntan hacia la descripción de los grupos que habitaron la región y que pueden corresponder con los Complejos establecidos por los estudiosos; el cronista que sin lugar a dudas más conoció la región fue Cieza quien al respecto escribió:

“A la parte del poniente desta ciudad, hacia la serranía, hay muchos pueblos poblados de indios sujetos a los moradores della, que han sido y son muy domésticos, gente simple y sin malicia. Entre estos pueblos está un pequeño valle que se hace entre las sierras; por una parte lo cercan unas montañas, de las cuales luego diré; por la otra sierras altísimas, de campaña, muy pobladas...” (Cieza, [1553] 1985 Crónica del Perú Cap. XXIV- XXXII en: Céspedes Nos. 51-52: 16).

También en la Relación de Popayán 1559-1560 se hacen algunos apuntes sobre los pueblos indígenas de estas comarcas:

Demás desto hay en los términos desta ciudad otro valle poblado de naturales, de buen temple, y a causa de venir a servir a la ciudad de Cali, que es caliente, a las estancias que tienen los españoles, han venido a gran desminución y se van acabando. Es gente mal vestida. No hay señores entre ellos; es todo behetría. En el valle donde está poblada la misma ciudad estaba muy poblada de naturales, y el día de hoy son tan pocos, que no llegarán a cuatrocientos...” (Anónimo, [1559-1560] 1983 Relación de Popayán y del Nuevo Reino en: Céspedesia, 45-46 suplemento N° 4: 41).

“...Cuando aquí entraron los primeros españoles había en estas treinta y dos leguas sobre ciento cincuenta mil casas; no había palmo de tierra que no estuviese sembrado de los naturales, no había casa, una con otra que no tuviesen cuatro hombres, sin la gente de mugeres y criaturas...” (Andagoya, 1936 Relación y Documentos en: Rodríguez, 1992: 386-387).

Con respecto a los nombres de los pueblos que habitaron la región, la investigadora Kathleen Romoli, con base en los actos de visitas y otras fuentes inéditas, intenta definir y ubicar espacialmente los grupos prehispánicos que para este caso parecen corresponder a los Guaales y los Lile (AGI: Justicia: Legajo 575 en Romoli, 1974: 383-464).

La relación cultural del yacimiento de Ciudad Jardín con los Complejos Pichindé y Quebradaseca cobra más validez, pues las descripciones de los cronistas corresponden con una realidad comprobada en algunos aspectos como son: el enterramiento múltiple y algunas particularidades relacionadas con el uso cotidiano de elementos elaborados en oro y cuentas de collar en hueso.

“No tienen estos indios otras armas que las que usan sus comarcanos. Andan desnudos generalmente, aunque ya en este tiempo los más traen camisetas y mantas de algodón, y sus mujeres también andan vestidas de la misma ropa. Traen ellos y ellas abiertas las narices, y puestos en ellos unos que llaman caricuris, que son a manera de clavos retorcidos de oro tan gruesos como un dedo, y otros más y algunos menos. A los cuellos se ponen también unas gargantillas ricas y bien hechas de oro fino y bajo, y en las orejas traen colgados unos anillos retorcidos y otras joyas.... Traen atados grandes ramales de cuentas de hueso menudas, blancas y coloradas que llaman chaquira. Cuando los principales morían, hacían grandes y hondas sepulturas dentro de las casas de sus moradas, adonde los metían también bien proveídos de comidas y sus armas de oro, si alguno tenían...” (Cieza, opt. cit: 20).

Por otra parte, las tumbas referenciadas en Ciudad Jardín, también guardan cierta relación estilística con los recintos funerarios estudiados en la región Calima pertenecientes al período Sonso ubicado cronológicamente desde el siglo VI d.C. hasta el siglo XVII d.C., especialmente con las del tipo 1 ó tumbas de pozo con cámara hacia uno de los extremos del mismo (Rodríguez y Salgado 1990:35); este tipo a su vez se subdivide en dos variantes: la 1 donde la cámara tiene la misma orientación del pozo y el piso puede estar al mismo nivel de la cámara (tumba 3) y

la variante 2 donde el piso de la cámara está inclinado o en resbalón (tumba 2), el patrón de enterramiento más característico en Ciudad Jardín en cuanto a la forma, es una nueva variante dentro de este tipo en la cual el pozo se encuentra a una profundidad mayor que la cámara formando un escalón (tumbas 1, 4, 5 y 6).

La heterogeneidad en las dimensiones de los pozos consiste en que para el caso de Ciudad Jardín estos oscilan entre los 70 x 60 cm., hasta los 82 x 80 cm., (**VER CUADRO 1**) mientras que en Calima los hay desde los 43 x 25 cm., hasta los 1.88 x 2.24 m. Igualmente la profundidad en los pozos diverge, pues mientras que en Calima es posible hallar recintos de 81 cm. (tumba 7 de Samaria), también los hay de 8.40 m. (La Julia, tumba 4) (Rodríguez y Salgado 1990:42); para el sitio objeto de la presente investigación se encuentran pozos entre los 2.85 m. y los 5.92 m. de profundidad.

En cuanto a las formas y dimensiones de las cámaras, en Calima suelen ser rectangulares, semirectangulares, cuadradas elípticas o semielípticas, mientras que en las registradas en el marco de este proyecto predominan las formas ovoidales. La altura de las bóvedas en promedio para Calima es de 45 cm., a 2.50 m. y en Ciudad Jardín de 56 cm., a 2.08 m.

(VER CUADRO 1)

Una de las grandes diferencias entre unas y otras, consiste en la presencia de nichos en Ciudad Jardín, enfrentados a las cámaras los cuales seguramente facilitaron la disposición de los cadáveres y objetos grandes en el interior de la bóveda, debido a las reducidas dimensiones de los pozos, que solo permiten la ubicación de una sola persona en forma vertical.

La otra gran desigualdad radica en la existencia de escalones o peldaños en una sola de las paredes del pozo, los cuales posibilitaron el descenso y ascenso de personas y objetos durante el acto ritual de enterramiento y posteriores labores de relleno del pozo; esta expresión arquitectónica y formal hasta el momento no había sido reportada en el Valle del Cauca, ni en zonas arqueológicas cercanas.

La última particularidad que hace singular esta pauta de enterramiento registrada en las laderas del valle del Lili, con las que hasta el momento se conocían para zonas aledañas, reside en la expresión en el interior de la cámara a manera de columnas, utilizando principios de una arquitectura de caballetes y vigas de amarre y tratando de plasmar en un espacio ritual por excelencia otro espacio simbólico y a la vez real como fue el de las estructuras de sus malocas o bohíos.

Tal vez estas representaciones simbólicas de las viviendas prehispánicas, constituyan una de las únicas pruebas tangibles de sus formas y distribución, ya que en la mayoría de los casos los materiales utilizados para su construcción no se conservan en el registro arqueológico, imposibilitando su identificación posterior; sin embargo, para este caso contamos con las fuentes etnohistóricas, que resultan enriquecedoras cuando se combinan para interpretaciones

posteriores con las evidencias materiales. Algunas de las descripciones con que se cuenta al respecto son:

“En medio de este pueblo está una gran casa de madera muy alta y redonda, con una puerta en el medio, en lo alto della había cuatro ventanas por donde entraba claridad; la cobertura era de paja; así como entraban dentro, estaba en alto una larga tabla, la cual atravesaba de una parte a otra, y encima della estaban puestos por orden muchos cuerpos de hombres muertos de los que había vencido y preso en las guerras, todos abiertos...” (Cieza, opt. Cit: 19).

Castellanos narra:

“... Poblados montes y las partes rasas, los fondos valles hasta los altores, Y pueblo se hallaba de mil casas Grandes, de seis y siete moradores En cada una, donde de sus brasas Y humos divididos son señores, Con hijos y mujeres sirvientes Albergados en partes diferentes...” (Castellanos, 1985 “A la Muerte de Don Sebastián de Benalcázar” en Céspedesia N0 51-52: 66-67).

De acuerdo con las siluetas halladas en las bóvedas de las tumbas 2, 3 y 5, no resulta arriesgado inferir que las viviendas o bohíos poseían una planta circular u ovalada, pues los dibujos señalan una viga de resistencia central a la cual confluyen todas las vigas de amarre laterales, las cuales a su vez están distribuidas por pares (8-16) formando una estructura redonda, cuya puerta según la orientación de la viga central correspondería al mismo umbral de la cámara. En dos ocasiones, tumbas 2 y 5, se registraron vigas transversales 2 y 1 respectivamente, seguramente con el único fin de brindar estabilidad a la armazón. A escala esta estructura perfectamente podría soportar con el alto número de individuos, a los que se hace referencia en las crónicas.

Los patrones de vivienda para esta región, aún no están debidamente documentados por parte de la arqueología, contrario a lo que ocurre en Calima, por ello esta región constituye un parámetro de comparación cronológico y cultural obligado en el sur occidente colombiano.

En Calima para el período precerámico (8.000 a.C- 2.000 a.C) en cuanto a las pautas de vivienda sólo se tienen datos sobre huellas de poste recuperadas en las excavaciones de El Pital, Sauzalito y el Recreo, sin embargo, la forma de las viviendas es completamente desconocida (Salgado, Rodríguez y Bashilov, 1993: 92); (Cardale, et al., 1992).

Ilama, como es denominado el primer período alfarero (2.000 a.C.-0) (Cardale et al., 1992), se conocen algunos orificios de postes recuperados de los sitios del Topacio y El Pital, pero la única información concreta sobre las construcciones de este período la suministran las representaciones de poblados modelados en cerámica (Salgado, Rodríguez, Bashilov, 1993:94), según estas figuras las plantas de las casas fueron rectangulares, los techos a dos aguas y las cumbres

arqueadas (Ibid) formando pequeños poblados alrededor de una casa grande y comunicándose entre sí por medio de senderos.

Para Yotoco o segundo período alfarero (1.000 d.C. XI d.C), se han recuperado contextos arqueológicos de viviendas en los sitios: El Pital, Topacio, Altamira y Jiguales, que permiten plantear un patrón de poblamiento disperso en pequeños grupos de viviendas localizados sobre terrazas naturales o plataformas artificiales (Ibid: 100). Al igual que en el período anterior, las representaciones cerámicas y orfebres nos suministran información sobre los modelos de las casas cuya forma más ancestral debió ser la de planta rectangular con techo a dos aguas, modelo desarrollado a partir de la vivienda llama. Luego esta forma varía a modelos de planta cuadrada con techo a cuatro aguas y circulares de techo cónico (Ibid: 103) como podían ser las representaciones de Ciudad Jardín.

El último período alfarero de Calima -Sonso (XII d.C.- XVI d.C) se caracteriza por un patrón de asentamiento en pequeñas y grandes plataformas artificiales construidas en las pendientes y cúspides de las lomas. Los sitios arqueológicos que más han arrojado información con respecto a este punto son: La Aurora, el Billar, El Dorado, Ceilán, El Pital y Jiguales (Ibid: 104). En cuanto a la forma, las evidencias mejor documentadas son las obtenidas en las excavaciones en el Cerro Cabo de Vela, corregimiento de Jiguales (Calima-Darién), allí “se encontraron dos viviendas de planta circular-irregular; parte de una casa de planta rectangular fechada en el siglo VII d.C. y la mitad de un bohío de planta ovalada datada en el siglo IX d.C.” (Ibid: 107) (Cardale, et al., 1992).

Las representaciones de viviendas para este período son pocas y los datos provienen en su gran mayoría de relatos de cronistas, sin embargo, evidencias arqueológicas y etnográficas demuestran el uso de elementos tales como: el bahareque, la guadua y el bambú para la construcción de las mismas (Herrera, 1992).

Por otra parte, a partir de los recientes hallazgos en Palmira- Hacienda Malagana y de las evidencias de saqueo reportadas del sitio desde 1992, en lo que tiene que ver con formas y estructuras de vivienda prehispánica, se tiene referencia de construcciones elaboradas sobre pilotes, con techos a dos y a cuatro aguas y plantas rectangulares y cuadradas, en menor proporción se registran formas circulares en plantas y techos.

Al parecer la forma de planta circular u ovalada fue muy característica en varias sociedades precolombinas tardías del suroccidente colombiano, según aparece documentado en regiones como San Agustín (Duque y Cubillos, 1981; Llanos y Durán, 1983 y Llanos, 1988), Tierradentro (Chavés, 1986) y Nariño (Uribe, 1979 y Patiño, 1990); es más, sociedades Waunanas actuales de la costa Pacífica vallecaucana y Chocó, construyen sus viviendas siguiendo estos mismos parámetros, que al parecer heredaron de los grupos Prehispánicos tardíos cordilleranos.

Sin embargo, la analogía más interesante del yacimiento de Ciudad Jardín, correspondió con el sitio arqueológico del Cerro del Volador en Medellín, cuya particularidad radica en la expresión explícita de viviendas indígenas en el interior de las bóvedas de tumbas cuya cronología fluctúa entre los siglos XVI y XVII, muestra de la arquitectura indígena y del pensamiento mágico-religioso expresado en las costumbres funerarias tardías (Santos, 1995:11-48). Queda por establecer las correspondencias culturales entre dos regiones geográficamente distantes.

Más allá de la inferencia arqueológica concreta y de establecer analogías y diferencias culturales con áreas culturales vecinas, es posible establecer que las representaciones de viviendas en contextos funerarios, tienen que ver con la cosmovisión de los grupos que las elaboraron; posiblemente “esta práctica funeraria se encuentra relacionada con un apaciguamiento del cadáver para que no se convirtiera en fuente de daños que afectaran a los parientes o a la comunidad” (Patiño, 1990:143), o con su creencia de una vida posterior a la terrenal.

La vivienda como tal o su representación, es la creación cultural que corresponde al accionar de generaciones, valores e instituciones y al nivel de conocimientos alcanzados por los pueblos en una época y en un espacio determinado (Lozano, 1996: 21).

Dada la complicada y delicada elaboración de las tumbas, no es irrisorio pensar que esta sociedad tenía un conocimiento acumulado, no solo de su ecosistema sino de su espacio exterior -cosmos, del cual extrajo conceptos como: movimiento (traslación y rotación), ciclos (día y noche), forma (luna- círculo, tierra-óvalo); medidas, energía, luz (sol y luna) entre otras, y los plasmó en la expresión de sus viviendas como símbolo de un **espacio sagrado** “en el cual cada elemento hace parte de la vida comunal” (Vasco, 1985: 66), pues en las viviendas se refleja y recrea la estructura del cosmos y se definen áreas especiales con clara sectorización entre lo masculino y lo femenino asociado a un sector en especial y a un punto cardinal determinado, dependiendo de la sociedad a la que se haga referencia (Langebaek, 1988:6); en conclusión la representación simbólica de la vivienda obedece a condicionantes de índole arquetípico- cognitivo (Lozano, 1996:100), culturales, ambientales y biológicos (Patiño, 1990: 30), limitantes que deben ser escrutados en el transcurso de la investigación científica.

La concepción del mundo para estas sociedades, depende de su manera de entender el orden universal, para este grupo social al igual que para la mayoría de sociedades indoamericanas, la forma de pensamiento es cíclica y está expresado en la representación del óvalo o círculo en las plantas de sus viviendas, manifestación que seguramente fue continua -de un recinto a otro, de una vida a otra-, más, por la destrucción de buena parte del yacimiento, fue imposible determinar dicha continuidad.

Análisis míticos y antropológicos; trabajos etnohistóricos y correlaciones culturales en esta región, superando nuestros propios obstáculos mentales (condicionantes

epistemológicos, ideológicos, económicos y sociales entre otros), podrán aportar sobre asuntos relevantes al conocimiento de los procesos y dinámicas históricas y sociales de los grupos prehispánicos que habitaron lo que hoy se conoce como el suroccidente colombiano.

LITERATURA CITADA

Anónimo. 1559-1560. Relación de Popayán y del Nuevo Reino. En: Cespedesia. 1983 Suplemento 4, N0 45-46, pp 23-104. INCIVA. Cali.

Blanco, Sonia. 1996. Proyecto de Impacto Ambiental (Arqueológico), Pavimentación Carretera Robles- Quinamayó-Villapaz- El Crucero. Jamundí (Valle del Cauca). Valorización Departamental- INCIVA. Cali.

_____ 1996. Arqueología Urbana en el Sur de Cali. INCI VA, Alcaldía de Cali, Informe final, Ms. Calima-Darién.

Cardale de Schrimpff, Marianne, Bray, Warwick, Gahwiler-Walder, Theres y Herrera, Leonor. 1992. Calima: Diez Mil Años de Historia en el Suroccidente de Colombia. Fundación Pro Calima, Santa Fe de Bogotá.

Castellanos, Juan / 1985. La Conquista y Fundación de Santiago de Cali, Canto Tercero. En: Cespedesia. N051-52, Vol XIV, pp. 61-69. INCIVA. Cali.

Cieza de León, Pedro /1553/ 1985. Crónica del Perú, Capítulos XXIV-XXXII. En: Cespedesia, N051-52, Vol. XIV, pp 13-37. INCIVA. Cali.

Corporación Autónoma Regional del Cauca C.V.C 1974. Estudio Geológico-geomorfológico de las Cuencas Hidrográficas de los ríos Pance, Meléndez, Cali, Aguacatal. Parte 1. Informe, Gemco Ltda, Bogotá.

_____ 1985. Estudio Semidetallado de Erosión en las Cuencas de los ríos Pance, Meléndez, Cali, Aguacatal. Cali.

Cortés Lombana, Abdón y García Sánchez, Alfonso. 1981. Los Suelos del Valle Geográfico del Río Cauca. Ministerio de Hacienda Pública. Instituto Geográfico Agustín Codazzi. Bogotá.

Cubillos, Julio César. 1984. Asentamientos Prehispánicos en la Suela Plana del Río Cauca. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

Chaves, Alvaro. 1986. Vivienda Prehispánica en el Suroccidente de Colombia En: Arqueología y Etnohistoria del Sur de Colombia y Norte del Ecuador. Miscelánea

Antropológica Ecuatoriana. J. Alcina Franch, S.E. Moreno Yáñez (Compiladores), pp. 145-156.

Duque, Gómez, Luis y Cubillos, Julio César. 1981. Arqueología de San Agustín, La Estación. N0 9, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

Espinal, Luis y Elmo Montenegro. 1963. Formaciones Vegetales de Colombia. Instituto Geográfico Agustín Codazzi, departamento agrológico. Bogotá.

Ford, James, 1944. Excavations in the Vicinity of Cali, Colombia. En: Yale University Publications in Anthropology, N0 31, Yale University press, pp. 1-83. London.

Guillen, Chaparro, Francisco /1583/ 1983. Memoria sobre Popayán. En: Cespedesia, No. 45-56, suplemento N0 4, pp. 309-32 1. INCIVA. Cali.

Herrera, Ángel Leonor 1992. El período Sonso Tardío y la Conquista Española. En: Calima Diez Mil Años de Historia en el Suroccidente de Colombia. pp. 149-177, Fundación Pro Calima, Santa Fe de Bogotá.

Howeler, R.H. 1986. Los Suelos del Centro Internacional de Agricultura Tropical en Palmira. Documento de Trabajo N0 16. CIAT. Cali.

Instituto Geográfico Agustín Codazzi. 1969. Estudio Detallado de Suelos del Sector Plano de los Municipios de Cali y Jamundí, para Fines Agrícolas. Vol. 5. N0 2. Bogotá D.E.

_____ 1980. Diccionario Geográfico de Colombia, Tomo II. 2ª Edición. Bogotá.

Llanos, Vargas, Héctor. 1988. Arqueología de San Agustín. Pautas de Asentamiento en el Cañón del Río Granates, Saladoblanco. N0 37, Fundación de Investigaciones Arqueológicas, Banco de la República, Bogotá.

Llanos, Vargas, Héctor y Durán de Gómez, Anabella. 1983. Asentamientos Prehispánicos en Quinchana, San Agustín. N0 20. Fundación de Investigaciones Arqueológicas, Banco de la República, Bogotá.

Langebaek Rueda, Carl Henrik. 1988. Entierros Prehispánicos en Viviendas un Ensayo de Interpretación. En: Boletín de Arqueología, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, año 3, N0. 2, pp. 3-10. Banco de la República. Bogotá.

Lozano Castro, Alfredo. 1996. Ciudad Andina Concepción Cultural. Implicaciones Simbólicas y Técnicas. Centro de Investigación Urbana y Arquitectura Andina. Quito.

Munsell Soil Color Charts. Macbeth División of Kollmorgen 1975. Corporation.

Osorio, Olga. 1986. Proyecto Arqueológico Sobre la Cuenca del Río Pance. Alcaldía de Santiago de Cali, Corporación Autónoma Regional del Cauca -C.V.C., Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas INCIVA. Santiago de Cali.

Patiño, Víctor Manuel. 1990. Historia de la Cultura Material en la América Equinoccial. Tomo II, Vivienda y Menaje. Segunda parte: La Vivienda en la Época Prehispánica. Biblioteca Ezequiel Uricochea, Instituto Caro y Cuervo. Bogotá.

Rodríguez, Carlos Armando. 1992. Tras las Huellas del Hombre Prehispánico y su Cultura en el Valle del Cauca. INCIVA Cali.

Rodríguez, Carlos A. y Salgado López, Héctor. 1989. Las Costumbres Funerarias de las Sociedades Agroalfareras Prehispánicas de la Región de Samaria en el Curso Alto del río Calima. 1 Milenio A.C. Siglo XVI D.C. Informe final. Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas INCIVA. Calima Darién.

Romoli, Kathleen. 1974. Nomenclatura y Población Indígena de la Antigua Jurisdicción de Cali a Mediados del Siglo XVI. En: Revista Colombiana de Antropología, Vol. XVI, pp. 375-459. Bogotá.

Sahlins, Marshall D. 1984 Las Sociedades Tribales. 3ª edición. Editorial Labor S.A. Barcelona.

Salgado López, Héctor, Carlos Armando Rodríguez y Vladimir A. Bashilov. 1993. La Vivienda Prehispánica en Calima. INCIVA. Imprenta Departamental, Cali.

Santos, Vencino, Gustavo. 1995. El Volador las Viviendas de los Muertos. En: Boletín de Antropología. Vol. IX, N° 25, Universidad de Antioquia, pp. 11-48. Medellín.

Uribe, María Victoria. 1979. Asentamientos Prehispánicos en el Altiplano de Ipiales, Colombia. En: Revista Colombiana de Antropología, Vol. XXI, pp. 57-95. Bogotá.